

A la gestora Claudia Allwood de Mata le tocó dirigir el proceso de nacimiento institucional de CONCULTURA; al pintor Roberto Galicia, la consolidación del proceso, incluyendo los primeros grandes proyectos de descentralización; y al ingeniero Gustavo Herodier, el diseño y ejecución de las transformaciones legales y administrativas que la institución demandaba, si bien tuvo que cumplir esta tarea enfrentando el titánico desafío de rehabilitar la infraestructura cultural dañada por los terremotos del año 2001.

Cabe decir que el proceso de reingeniería emprendido por mi antecesor no llegó a concluirse, por lo que me causa mucha satisfacción decir que con la reciente juramentación del nuevo Consejo Técnico Consultivo⁴ de alguna manera se ha coronado aquel esfuerzo de evaluación y transformación.

El tiempo ha corrido y la cultura nacional sigue fiel a su dinámica de cambios. Los retos, sin ser más abundantes o más grandes que los encontrados en 1991, 1994 y 1999⁵, tienen sus propias características y plantean sus propios dilemas.

Ya no se puede seguir pensando, por ejemplo, que las industrias culturales están fuera de las gravitaciones económicas, o, mejor, que la mismísima economía –con sus cifras y cálculos, axiomas y proyecciones– respira a profundidad sin la fosa nasal de la cultura.

Por supuesto, las disposiciones legales que Allwood, Galicia y Herodier identificaron como limitantes para la funcionalidad de CONCULTURA están hoy siendo revisadas y adaptadas a la nueva realidad, con el apoyo ilustrado y eficiente de la Secretaría de Asuntos Jurídicos de la Presidencia de la República.

Pero al tiempo que se discuten a fondo las reformas que darán versatilidad y una eficacia inédita a CONCULTURA, el Consejo Técnico Consultivo ya trabaja en la elaboración de un histórico Diálogo Nacional por la Cultura.

La aprobación general a este esfuerzo es innegable, pero nadie se ha apresurado a firmar cheques en blanco. Si bien el prejuicio no le hace bien al proceso, el excesivo entusiasmo también puede resultar gratuito, sobre todo cuando se habla de cultura.

En innumerables ocasiones se ha planteado en El Salvador que es necesario articular un Plan Nacional de Cultura, que debemos fomen-

⁴ *El Consejo Técnico Consultivo de CONCULTURA, conformado por siete profesionales de reconocida trayectoria, fue juramentado solemnemente en septiembre de 2004.*

⁵ *Fechas de entronización de las sucesivas presidencias de CONCULTURA.*

tar la apertura de más espacios de expresión artística, que los planes presupuestarios de CONCULTURA deben ser coherentes, que en el fondo no ha habido interés gubernamental para desarrollar el arte, etc.

Y es posible que todo lo anterior sea verdad, pero a veces se omite hablar de una de las razones principales por las que el arte y la cultura no han sabido ganar los suficientes adeptos en nuestras sociedades centroamericanas.

Es cierto que el poder político ha sido miope ante el tema cultural; es fácil probar que hubo épocas en las que el creador era considerado peligroso y hasta subversivo; es verdad, en fin, que las esferas gubernamentales han concebido la cultura como un desagüe de recursos, en lugar de verla como lo que es: una herramienta de desarrollo.

Lo que a veces olvidamos es que la productora y creadora de cultura es la sociedad en su conjunto, y que es ella, en su conjunto, la que debe discutir y decidir sobre el presente y el futuro de la cultura.

Hace 50 años, titanes de las letras nacionales como Claudia Lars⁶ y Salarrué⁷, Trigueros de León⁸ e Ítalo López Vallecillos⁹, discutían entre sí sobre la posibilidad de articular un plan nacional de cultura. Décadas antes que ellos, Masferrer¹⁰ y Gavidia¹¹ habían hecho lo mismo, dolidos también por el desprecio que su nación exhibía por este tema.

Pero tal vez aquí ha radicado gran parte del problema: en el hecho de que el arte y la cultura han sido, desde siempre, temas de debate entre artistas e intelectuales, casi exclusivamente. En otras palabras, pareciera que la demanda de inclusión que se ha hecho *para* la cultura no se ha practicado al momento de discutir *por* cultura.

⁶ *Claudia Lars (1899-1974): Poeta de sensibilidad indiscutible, es autora de algunos de los poemas más hermosos que se han escrito en El Salvador. La crítica especializada la incluye entre las figuras cumbres de la poesía latinoamericana, al lado de Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou y Delmira Agustini.*

⁷ *Pseudónimo de Salvador Salazar Arrué (1988-1975), sin duda el más importante de los cuentistas salvadoreños. Su libro Cuentos de barro es una pieza maestra de la literatura costumbrista centroamericana. Juan Rulfo elogió repetidas veces su maestría narrativa.*

⁸ *Ricardo Trigueros de León (1917-1965): Intelectual de mérito indiscutible, se le considera también el más decisivo editor que tuvo alguna vez el país.*

⁹ *Ítalo López Vallecillos (1932-1986): Poeta, periodista, editor, investigador y promotor cultural.*

¹⁰ *Alberto Masferrer (1868-1932): Ensayista notable, se le ha llamado el "apóstol de la armonía social en El Salvador". Educador y periodista, fue su pluma fuente inagotable de denuncias contra las taras sociales de su época.*

¹¹ *Francisco Gavidia (¿1865?-1955): El polígrafo fundador de la literatura salvadoreña. Fue poeta, narrador, historiador, dramaturgo, ensayista, periodista, crítico de arte. A él debió el nicaragüense Rubén Darío el descubrimiento de la nueva sonoridad que proponía al castellano el alejandrino francés.*

Se pretende que todos amen, disfruten y defiendan el arte, pero no siempre se ha involucrado a todos en este debate. Más claramente: el sector cultural salvadoreño no ha hecho gala de la astucia y la humildad que se necesitan para reconocer que las soluciones a sus problemas son de absoluta incumbencia colectiva.

Y lo peor es que buena parte de los motivos que algunos círculos artísticos o intelectuales han tenido para evitar la amplia discusión del tema cultural, han sido totalmente ajenos al espíritu universalista y humanista del arte y la cultura. Antes bien, aquí se ha recurrido a pretextos, egos descomunales y hasta reduccionismos ideológicos. En algunos casos lamentables se ha llegado al extremo de denunciar imposiciones oficiales, pero con el evidente objetivo de imponer a la vez conceptos que en el fondo limitan la libertad creadora.

Y después, claro, los artistas y los intelectuales han seguido quejándose de que «en este país nadie toma en serio la cultura».

Los economistas, por su parte, poco interesados en el asunto –pero, para ser justos, sin tampoco haber recibido invitación formal a interesarse–, han hecho sus cálculos de desarrollo sin tomar en cuenta la cultura. El resultado es que los proyectos económicos nos han enseñado a poner cifras a las esperanzas *de* todos, pero no a cifrar nuestras esperanzas *en* todos.

Si el sector cultural salvadoreño necesitaba un reto, ahora lo tiene, y sus consecuencias pueden ser históricas. Este desafío consiste en demostrar, sin estribillos ni reduccionismos, que la cultura en El Salvador *cuenta*. Para ello es indispensable conocer y manejar los conceptos que nos ayudarán a dimensionar el peso que tiene nuestro sector en todos los ámbitos de la actividad humana.

México acaba de dar un ejemplo muy valioso de esto. Con la aquiescencia del CONACULTA, se encargó a un notable economista, el licenciado Ernesto Piedras, la elaboración de un informe sobre la contribución de las industrias culturales al desarrollo nacional. Para sorpresa de propios y extraños, Piedras ha demostrado, con datos realmente esclarecedores, que las industrias protegidas por los derechos de autor en México generan 6.7% del Producto Interno Bruto del país.

Como si esto fuera poco, el documento concluye que la cultura, como factor económico, muestra tasas de crecimiento más altas que las que experimentan otras industrias claves de la economía mexicana, incluyendo los sectores de la construcción y la agricultura.

Aunque, por su propia variedad, los aportes que hace al turismo la infraestructura cultural resultan siempre difíciles de cuantificar, en el caso de México es evidente que buena parte de las divisas turísticas no sería posible sin la «Virgen Morena» del Tepeyac, las pirámides de Teotihuacan, las momias de Guanajuato o la casa de Frida Kahlo.

Con las cifras de Ernesto Piedras en la mano, no es de extrañar que mi homóloga mexicana, Sari Bermúdez, esté lista para demandar atención especial, de la sociedad entera, al tema cultural. Y lo está consiguiendo.

Pero México no habría podido alcanzar este importante diagnóstico sin involucrar en el proceso a sectores tradicionalmente desvinculados de la esfera cultural¹². Conservando las naturales distancias, esa capacidad de diálogo e inclusión es la que debemos tener en nuestro país, y no sólo porque la realidad lo demande, sino porque nuestra cultura lo merece.

Todo sector cultural que desee visibilidad necesita asumir responsabilidades. Para empezar, es conveniente dejar la queja y transformarla en acción. Es indispensable ofrecer, como mínimo, la tan cacareada madurez que se exige a los medios de comunicación o a la clase política. Los que demandamos atención al arte y la cultura, en fin, debemos demostrar por qué se nos debe tomar en serio.

La conformación del Consejo Técnico Consultivo de CONCULTURA y las acciones derivadas de sus primeros análisis constituyen muestras de la seriedad con que se desea discutir el presente y el futuro de la cultura salvadoreña. A la institucionalidad cultural tocará liderar un proceso de diálogo nacional inédito, ya que por primera vez en nuestra historia, bajo la coordinación de la entidad estatal, habrá un debate interinstitucional e intersectorial por la cultura, con metodologías propias e instrumentos adecuados. De allí surgirán un diagnóstico y una propuesta, simientes del Plan Nacional de Cultura que tanto hemos reclamado en El Salvador.

¹² El debate que en el año 2000 se generó en México con respecto a la metodología que seguiría la Consulta Cultural Pública se focalizó, como es obvio, en la necesidad de obtener los más fidedignos resultados. La publicación *Letras Libres* hizo una propuesta que fue retomada por el equipo de transición que lideraba Vicente Fox y la participación que se logró fue amplia. El “ombligismo” del sector artístico, claro, fue inevitable, pero no en detrimento de la convocatoria. Ante los resultados, *Letras Libres* reflexionó: “Pensamos que todo instrumento que la sociedad construya para conocerse mejor y actuar en consecuencia es un acto que debe ser apoyado y difundido”. Conclusión semejante abona mucho a la madurez que los sectores culturales reclaman a sus sociedades, pero que también necesitan para sí.